



Este material se utiliza exclusivamente para fines didácticos
del Curso Preparatorio para el Examen de Residencias de Psicología 2016
de S R M Cursos®

III

UN MODELO FAMILIAR

El hombre sobrevive en grupos; esto es inherente a la condición humana. Una de las necesidades más básicas del niño es la figura de una madre que lo alimente, proteja e instruya. Además, el hombre ha sobrevivido en todas las sociedades a través de su pertenencia a diferentes agrupamientos sociales. En las sociedades primitivas, observamos amplios agrupamientos con una distribución estable de las funciones. En la medida en que las sociedades se hacen más complejas y se requieren nuevas habilidades, se diferencian estructuras sociales. La civilización urbana y no urbana industrial moderna le plantea al hombre dos requerimientos conflictivos: la capacidad para desarrollar habilidades altamente especializadas y la capacidad para una rápida adaptación a un escenario socio-económico que se modifica constantemente. La familia siempre ha sufrido cambios paralelos a los cambios de la sociedad. Se ha hecho cargo y ha abandonado las funciones de proteger y socializar a sus miembros como respuesta a las necesidades de la cultura. En ese sentido, las funciones de la familia sirven a dos objetivos distintos. Uno es interno —la protección psico-social de sus miembros; el otro es externo —la acomodación a una cultura y la transmisión de esa cultura.

La sociedad industrial urbana ha entrado por la fuerza en la familia, haciéndose cargo de múltiples funciones que en algún momento fueron consideradas como deberes familiares. En la actualidad los ancianos viven apartados, en hogares para ancianos o en conglomerados edilicios hechos especialmente para los ciudadanos de mayor edad. El sostén económico es previsto por la sociedad a través de la seguridad social o de beneficencia. Los jóvenes son educados por las escuelas, los medios de difusión y por sus compañeros. La importancia del trabajo que solían realizar las mujeres ha sido reducida en forma drástica por la tecnología moderna, gracias a la cual las tareas necesarias para la vida de la unidad familiar son realizadas por las máquinas con una mayor eficiencia. Las condiciones que permiten o que requieren que ambos cónyuges trabajen fuera de la familia crean situaciones en las que el sistema extrafamiliar puede avivar y exacerbar los conflictos entre los esposos.

Junto a todos estos cambios, el hombre moderno sigue adhiriendo a una serie de valores que pertenecen a una sociedad diferente, una sociedad en la que los límites entre la familia y lo extrafamiliar están delineados con claridad. La adherencia a un modelo pasado de moda conduce a clasificar a muchas situaciones que son claramente transicionales como patológicas y patogénicas. El criterio para la vida familiar sigue siendo el legendario "entonces se casaron y vivieron felices por siempre jamás". No es sorprendente, entonces, que todas las familias queden muy lejos de este ideal.

El mundo occidental se encuentra en un estado de transición, y la familia que siempre debe acomodarse a la sociedad, se modifica juntamente con él. Pero, debido a las dificultades transicionales, la tarea psicosocial fundamental de la familia —apoyar a sus miembros— ha alcanzado más importancia que nunca. Sólo la familia, la más pequeña unidad social, puede cambiar y al mismo tiempo mantener una continuidad suficiente para la educación de niños que no serán

"extraños en una tierra extraña", que tendrán raíces suficientemente firmes para crecer y adaptarse.

LA MATRIZ DE LA IDENTIDAD

En todas las culturas, la familia imprime a sus miembros un sentimiento de identidad independiente. La experiencia humana de identidad posee dos elementos; un sentimiento de identidad y un sentido de separación. El laboratorio en el que estos ingredientes se mezclan y se proveen, es la familia, la matriz de la identidad.

En los procesos precoces de socialización, las familias moldean y programan la conducta del niño y el sentido de la identidad. El sentido de pertenencia se acompaña* con una acomodación por parte del niño a los grupos familiares y con su asunción de pautas transaccionales en la estructura familiar que se mantienen a través de los diferentes acontecimientos de la vida. Tommy Wagner es un Wagner, y a través de toda su vida será el hijo de Emily y Mark. Este será un importante factor de su existencia. El hecho de que Mark es el padre de Tommy constituye un importante factor en la vida de Mark, al igual que el hecho de ser el esposo de Emily. El sentido de la identidad de cada miembro se encuentra influido por su sentido de pertenencia a una familia específica.

El sentido de separación y de individuación se logra a través de la participación en diferentes subsistemas familiares en diferentes contextos familiares, al igual que a través de la participación en grupos extrafamiliares. El niño y la familia crecen en conjunto, y la acomodación de la familia a las necesidades del niño delimita áreas de autonomía que él experimenta como separación. Para ese niño particular se crea un territorio psicológico y transaccional. Ser Tom es diferente a ser un Wagner.

El sentido de identidad de cada individuo es influido por su sentido de pertenencia a diferentes grupos. Parte de la identidad de Mark Wagner se origina en el hecho de que es el padre de Tommy y el esposo de Emily, así como también el hijo de sus padres. Los componentes del sentido de identidad de un individuo se modifican y permanecen constantes. Como lo señaló Roger Barker, "la persona psicológica que escribe ensayos, marca puntos en un juego y cruza calles, permanece como una entidad identificable entre partes interiores inestables y contextos exteriores a los que se encuentra ligado, y, al mismo tiempo, profundamente separado." La persona psicológica, que es una entidad separada, se encuentra vinculada con contextos exteriores.

Aunque la familia es la matriz del desarrollo psicosocial de sus miembros, también debe acomodarse a la sociedad y garantizar alguna continuidad a su cultura. Esta función social es actualmente la fuente de ataques contra la familia en los Estados Unidos. La sociedad norteamericana está cambiando, y en su interior muchos grupos quieren acelerar el cambio. Esos grupos consideran a la familia, lo que es bastante cierto, por otra parte, como un elemento de conservadurismo y una fuente de estancamiento. Los ataques contra la familia son típicos de los períodos revolucionarios. Cristo les dijo a sus discípulos que abandonasen a sus padres y familias y lo siguiesen. Las Revoluciones Francesa, Rusa, China, carcomieron la estructura familiar tradicional en esos países, en un intento para acelerar el progreso hacia un nuevo orden social. El kibbutz israelí constituye otro ejemplo del mismo proceso social.

Las leyes rusas referentes a la familia en el transcurso y después de su Revolución ilustran este proceso. En los años de la década de 1920 a 1930, las leyes que regulaban el matrimonio, el divorcio y el aborto tendieron hacia la disolución de la familia. Pero en la década de 1930 a 1940, cuando Rusia se orientaba hacia la cristalización de sus nuevas normas so-

ciales, las leyes se modificaron para consolidar la continuidad familiar². En forma similar, los kibbutzim israelíes tienden en la actualidad a incrementar las funciones de la familia nuclear en el interior del kibbutz. En muchos de ellos, en la actualidad los bebés permanecen en la habitación de sus padres y los niños viven con ellos durante un período más prolongado, antes de instalarse en el hogar de los niños.

Todo estudio de la familia debe incluir su complementariedad con la sociedad. La familia nuclear, que en teoría, al menos, constituye la norma de la clase media norteamericana, es un desarrollo histórico reciente. Aún en la actualidad, se encuentra confinada en gran medida a las sociedades urbanas industrializadas. Los conceptos de las funciones familiares también cambian a medida que se modifica la sociedad. Hasta hace cuatrocientos años, no se consideraba a la familia como una unidad de educación del niño, y recién mucho tiempo después se reconoció a los niños como individuos con sus propios derechos³.

En la actualidad, la familia norteamericana, al igual que la sociedad norteamericana, se encuentra en un período de transición. Y al igual que la sociedad de la que forma parte, la familia es atacada. Por ejemplo, un programa de televisión educativo de doce horas, "una familia norteamericana*", siguió a la familia Loud a través de las rutinas de su vida y sus relaciones con sus trabajos, escuela, parientes políticos y amigos. Algunas personas consideraron a esta presentación como una revolución de los medios de comunicación masivos; con un valor antropológico significativo. Otros criticaron el carácter prosaico de la presentación de la vida familiar. Un grupo crítico significativo fue la propia familia Loud. En programas de televisión independiente trataron de comunicar a una audiencia de millones que no les agradaba verse a sí mismos tal como los habían retratado. Señalaron que en su vida había mucho más de lo que había sido mostrado. Lo que la audiencia norteamericana vio fue, en realidad, el

Hinto de vista del productor. Influido por las concepciones corrientes de la familia, seleccionó y subrayó extractos que ejemplificaban estas opiniones. El cameraman y el resto del personal que realizó el programa produjeron distorsiones similares, escogieron y subrayaron lo que consideraron como aspectos relevantes de la familia. Los norteamericanos vieron una familia norteamericana presentada de acuerdo con las concepciones culturales de las familias convencionales.

Los ataques contra la familia provienen de muchas fuentes. Confluyen en ellos los líderes intelectuales del movimiento de contra-cultura y los grupos de jóvenes que han realizado experiencias de formas comunitarias de organización familiar y de educación de niños comunitaria. En el campo de la salud mental, R. D. Laing y sus discípulos han influido en gran medida sobre estas concepciones al describir a la familia como un productor malevolente de psicosis y, lo que es aun peor, de los adultos "normales" que pueblan nuestro mundo⁴. El nuevo movimiento feminista también ha atacado a la familia, describiéndola como una trinchera del chauvinismo masculino. Consideran a la familia nuclear como una organización que inevitablemente produce niñas educadas para ser esposas en la casa de muñecas, y niños que también se verán atrapados por pautas superadas.

La familia cambiará a medida que cambie la sociedad. Probablemente en forma complementaria, la sociedad desarrollará estructuras extrafamiliares para adaptarse a las nuevas corrientes de pensamiento y a las nuevas realidades sociales y económicas. La década de 1970 es al parecer un período intermedio de lucha, en cuyo transcurso los cambios crean una necesidad de estructuras que aún no han surgido. Por ejemplo, el gran número de familias en la que ambos padres trabajan fuera del hogar ha creado una necesidad para servicios de cuidado de los niños durante el día, que no existen aún.

La brecha generacional constituye otro ejemplo de necesi-

dad es no satisfechas. La familia renuncia a la socialización de los niños a una edad cada vez más temprana. La escuela.] los medios de difusión y los grupos infantiles se ocupan cada vez en mayor medida de la guía y educación de los niños; mayores. Pero la sociedad no ha desarrollado aún fuentes extrafamiliares adecuadas de socialización y apoyo.

La sociedad Masai poseía una cultura de los grupos adolescentes que era en gran medida independiente pero a la que se le asignaban algunas tareas específicas que el grupo debía realizar bajo una supervisión permisiva de los guerreros de la tribu. De ese modo, los jóvenes podían realizar los procesos adecuados a su edad de separación de la familia y de adquisición de su independencia sin alienarse de la sociedad en su conjunto. Los grupos de jóvenes de los tributzim israelíes desempeñan una función similar. La sociedad occidental no posee funciones claramente diferenciadas para los adolescentes. Cuando la familia deja de ocuparse de sus hijos, los deja a cargo de sistemas de apoyo inadecuados. No es sorprendente que las crisis de identidad de los adolescentes hayan dado lugar a un cierto número de fenómenos sociales antinómicos'.

Los cambios siempre se orientan desde la sociedad hacia la familia, nunca desde la unidad más pequeña a la mayor. La familia cambiará, pero también persistirá debido a que constituye la mejor unidad humana para sociedades rápidamente cambiantes. Cuanto mayor flexibilidad y adaptabilidad requiera la sociedad de sus miembros, más significativa será la familia como matriz del desarrollo psicosocial.

Del mismo modo en que en un sentido genérico la familia cambia y se adapta a las circunstancias históricas, también la familia individual se adapta constantemente. La familia es un sistema abierto en transformación, es decir que constantemente recibe y envía descargas de y desde el medio extrafamiliar, y se adapta a las diferentes demandas de las etapas de desarrollo que enfrenta.

Sus tareas no son fáciles; los Wagner, con todas las dificultades que describen en la formación de la familia y el nacimiento de su hijo, ejemplifican las tensiones que enfrenta toda familia normal. Pero en cierto modo la concepción habitual idealizada acerca de la familia normal es la de que no produce stress. Pese a los estudios sociológicos y antropológicos de la familia, el mito de la plácida normalidad persiste, apoyado por horas de programas televisivos en los que se observan personajes bidimensionales. Esta imagen de personas que viven en armonía, enfrentando las descargas sociales sin irritarse y cooperando siempre mutuamente se derrumba tan pronto como se observa a cualquier familia con sus problemas corrientes. Sin embargo, es alarmante que en algunos casos este standard sea mantenido por terapeutas que confrontan el funcionamiento de las familias-pacientes con la imagen idealizada. Freud señaló que la terapia modifica las pautas neuróticas convirtiéndolas en las miserias normales de la vida. Su comentario es igualmente cierto para la terapia familiar.

La familia normal no puede ser distinguida de la familia anormal por la ausencia de problemas; por lo tanto, el terapeuta debe disponer de un esquema conceptual del funcionamiento familiar que lo ayude a analizar a una familia. Un esquema basado en la concepción de la familia como un sistema que opera dentro de contextos sociales específicos, tiene tres componentes. En primer lugar» la estructura de una familia es la de un sistema sociocultural abierto en proceso de transformación. En segundo lugar, la familia muestra un desarrollo desplazándose a través de un cierto número de etapas que exigen una reestructuración. En tercer lugar, la familia se adapta a las circunstancias cambiantes de modo tal que mantiene una continuidad y fomenta el crecimiento psicosocial de cada miembro. La entrevista con los Wagner fue orientada de un modo que permitiese descubrir el segundo componente de este esquema, sus etapas de desarrollo, y los

comentarios presentaban aspectos más genéricos del desarrollo de la familia. La estructura de la familia y su adaptación requieren una discusión más profunda.

ESTRUCTURA FAMILIAR

La estructura familiar es el conjunto invisible de demandas funcionales que organizan los modos en que interactúan los miembros de una familia. Una familia es un sistema que opera a través de pautas transaccionales. Las transacciones repetidas establecen pautas acerca de qué manera, cuándo y con quién relacionarse, y estas pautas apuntalan el sistema. Cuando una madre le dice a su hijo que beba su jugo y éste obedece, esta interacción define quién es ella en relación con él y quién es él en relación con ella, en ese contexto y en ese momento. Las operaciones repetidas en esos términos constituyen una pauta transaccional.

En su entrevista los Wagner describieron muchas pautas de este tipo. Emily planea por lo general las actividades sabatinas de la familia, pero sólo un hecho de importancia fundamental la llevaría a interferir con las actividades de pesca de su marido del domingo. En su familia de origen, Emily se encontraba implicada en una coalición junto con su madre en contra de su padre. La madre estimulaba a la hija a desobedecer al padre, quien complementaba la situación atacando a la hija cuando se encontraba enojado con la madre.

Las pautas transaccionales regulan la conducta de los miembros de la familia. Son mantenidas por dos sistemas de coacción. El primero es genérico e implica las reglas universales que gobiernan la organización familiar. Por ejemplo, debe existir una jerarquía de poder en la que los padres y los hijos poseen niveles de autoridad diferentes. También debe existir una complementariedad de las funciones, en la que el marido

y la esposa acepten la interdependencia y operen como un equipo.

El segundo sistema de coacción es idiosincrásico, e implica las expectativas mutuas de los diversos miembros de la familia. El origen de estas expectativas se encuentra sepultado por años de negociaciones explícitas e implícitas entre los miembros de la familia, relacionadas a menudo con los pequeños acontecimientos diarios. A menudo, la naturaleza de los contratos originales ha sido olvidada, y es posible que nunca hayan sido explícitos. Pero las pautas permanecen —como un piloto automático— en relación con una acomodación mutua y con una eficacia funcional.

De ese modo, el sistema se mantiene a sí mismo. Ofrece resistencias al cambio más allá de cierto nivel y conserva las pautas preferidas durante tanto tiempo como puede hacerlo. En el interior del sistema existen pautas alternativas. Pero toda desviación que va más allá del umbral de tolerancia del sistema excita mecanismos que restablecen el nivel habitual. Cuando existen situaciones de desequilibrio del sistema, es habitual que los miembros de la familia consideren que los otros miembros no cumplen con sus obligaciones. Aparecen entonces requerimientos de lealtad familiar y maniobras de inducción de culpabilidad.

Sin embargo, la estructura familiar debe ser capaz de adaptarse cuando las circunstancias cambian. La existencia continua de la familia como sistema depende de una gama suficiente de pautas, la disponibilidad de pautas transaccionales alternativas, y la flexibilidad para movilizarlas cuando es necesario hacerlo. La familia debe responder a cambios internos y externos y, por lo tanto, debe ser capaz de transformarse de modo tal que le permita encarar nuevas circunstancias sin perder la continuidad que proporciona un marco de referencia a sus miembros.

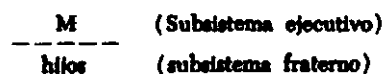
El sistema familiar se diferencia y desempeña sus funciones a través de sus subsistemas. Los individuos son subsis-

temas en el interior de una familia. Las diadas, como la de marido-mujer o madre-hijo, pueden ser subsistemas. Los subsistemas pueden ser formados por generación, sexo, interés o función.

Cada individuo pertenece a diferentes subsistemas en los que posee diferentes niveles de poder y en los que aprende habilidades diferenciadas. Un hombre puede ser un hijo, sobrino, hermano mayor, hermano menor, esposo, padre, y así sucesivamente. En diferentes subsistemas se incorpora a diferentes relaciones complementarias. Las personas se acomodan en forma de caleidoscopio para lograr la reciprocidad que posibilita las relaciones humanas. El niño debe actuar como un hijo como su padre actúa como un padre; y cuando el niño lo hace es posible que deba ceder el poder del que disfruta cuando interacciona con su hermano menor. La organización en subsistema de una familia proporciona un entrenamiento adecuado en el proceso de mantenimiento del diferenciado "yo soy", al mismo tiempo que ejerce sus habilidades interpersonales en diferentes niveles.

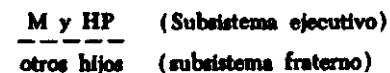
Limites: Los límites de un subsistema están constituidos por las reglas que definen quiénes participan, y de qué manera. Por ejemplo, el límite de un subsistema parental se encuentra definido cuando una madre (M) le dice a su hijo mayor: "No eres el padre de tu hermano. Si anda en bicicleta por la calle, dímelo y lo haré volver" (Fig. 2).

Fig. 2



Si el subsistema parental incluye un hijo parental (HP) el límite es definido por la madre que le dice al niño: "Hasta que vuelva del almacén, Annie se ocupa de todo" (Fig. 3).

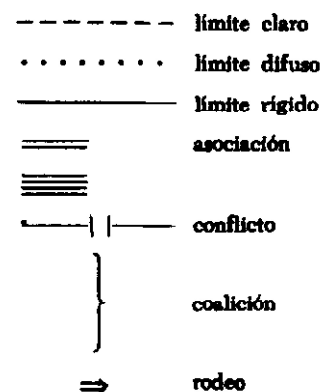
Fig. 3



La función de los límites reside en proteger la diferenciación del sistema. Todo subsistema familiar posee funciones específicas y plantea demandas específicas a sus miembros, y el desarrollo de las habilidades interpersonales que se logra en ese subsistema, es afirmado en la libertad de los subsistemas de la interferencia por parte de otros subsistemas. Por ejemplo, la capacidad para acomodación complementaria entre los esposos requiere la libertad de la interferencia por parte de los parientes políticos y de los hijos y, en algunos casos, por parte del medio extrafamiliar. El desarrollo de habilidades para negociar con los padres, que se aprende entre los hermanos, requiere la no interferencia de los padres.

Para que el funcionamiento familiar sea adecuado, los límites de los subsistemas deben ser claros. Deben definirse con suficiente precisión como para permitir a los miembros de los subsistemas el desarrollo de sus funciones sin interferencias indebidas, pero también deben permitir el contacto entre los miembros del subsistema y los otros. La composición de subsistemas organizados alrededor de las funciones familiares no es tan significativa como la claridad de los límites

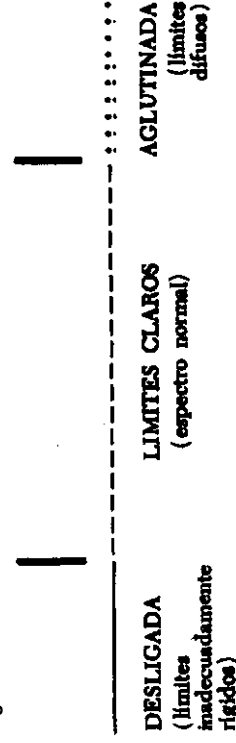
claves para las figuras 2-48



de su estructura. Un subsistema parental que incluye a una abuela o a un hijo parental puede funcionar perfectamente bien, siempre que las líneas de responsabilidad y de autoridad se encuentren definidas con nitidez.

La claridad de los límites en el interior de una familia constituye un parámetro útil para la evaluación de su funcionamiento. Algunas familias se vuelcan hacia sí mismas para desarrollar su propio microcosmos, con un incremento consecuente de comunicación y de preocupación entre los miembros de la familia. Como producto de ello, la distancia disminuye y los límites se esfuman. La diferenciación del sistema familiar se hace difusa. Un sistema de ese tipo puede sobrecargarse y carecer de los recursos necesarios para adaptarse y cambiar bajo circunstancias de stress. Otras familias se desarrollan con límites muy rígidos. La comunicación entre los subsistemas es difícil, y las funciones protectoras de la familia se ven así perjudicadas. Estos dos extremos del funcionamiento de los límites son designados como aglutinamiento y desligamiento. Es posible considerar a todas las familias como pertenecientes a algún punto situado entre un continuum cuyos polos son los dos extremos de límites difusos, por un lado, y de límites sumamente rígidos, por el otro (Fig. 4). La mayor parte de las familias se incluyen dentro del amplio espectro normal.

Fig. 4



En términos humanos, aglutinamiento y desligamiento se refieren a un estilo transaccional, o de preferencia por un

tipo de interacción, no a una diferencia cualitativa entre lo funcional y lo disfuncional. La mayor parte de las familias poseen subsistemas aglutinados y desligados. Es pésible que el subsistema madre-hijo tienda hacia el aglutinamiento frente a los niños. La madre y los niños más pequeños pueden aglutinarse hasta un punto tal como para determinar que el padre sea periférico, mientras el padre asume una posición más comprometida con los hijos mayores. Un subsistema padre-hijo puede tender hacia el desligamiento a medida que los niños crecen y, finalmente, comienzan a separarse de la familia.

Las operaciones en los extremos, sin embargo, señalan áreas de posible patología. Un subsistema de madre e hijo sumamente aglutinado, por ejemplo, puede excluir al padre que se convierte en excesivamente desligado. El consecuente debilitamiento de la independencia de los niños puede constituir un importante factor en el desarrollo de síntomas.

Los miembros de subsistemas o familias aglutinados pueden verse perjudicados en el sentido de que el exaltado sentido de pertenencia requiere un importante abandono de la autonomía. La carencia de una diferenciación en subsistemas desalienta la exploración y el dominio autónomos de los problemas. En los niños, en particular, el desarrollo cognitivo afectivo se ve así inhibido. Los miembros de subsistemas o familias desligados pueden funcionar en forma autónoma, pero poseen desproporcionado sentido de independencia y carecen de sentimientos de lealtad y pertenencia y de la capacidad de interdependencia y de requerir ayuda cuando la necesitan.

En otras palabras, un sistema próximo al extremo desligado del continuum tolera una amplia gama de variaciones individuales entre sus miembros. Pero los stress que afectan a uno de los miembros de la familia no atraviesan sus límites inadecuadamente rígidos. Sólo un alto nivel de stress individual puede repercutir con la suficiente intensidad como para activar los sistemas de apoyo de la familia. En el extremo aglutinado del continuum, se observa lo contrario. La conducta de

un miembro afecta de inmediato a los otros y el stress de un miembro individual repercute intensamente a través de los límites y produce un rápido eco en otros subsistemas.

Ambos tipos de relación provocan problemas familiares cuando se ponen en marcha mecanismos adaptativos. La familia aglutinada responde a toda variación en relación con lo habitual con una excesiva rapidez e intensidad. La familia desligada tiende a no responder cuando es necesario hacerlo. En una familia aglutinada los padres pueden verse sumamente afectados porque un hijo no come el postre. Los padres de una familia desligada, por su parte, pueden permanecer inmutables ante los problemas escolares de un hijo. A menudo, un terapeuta opera como un delineador de límites, que clarifica los límites difusos y abre los límites excesivamente rígidos. Su evaluación de los subsistemas familiares y del funcionamiento de los límites proporciona un rápido cuadro diagnóstico de la familia en función del cual orienta sus intervenciones terapéuticas.

El subsistema conyugal. El subsistema conyugal se constituye cuando dos adultos de sexo diferente se unen con la intención expresa de constituir una familia. Posee tareas o funciones específicas, vitales para el funcionamiento de la familia. Las principales cualidades requeridas para la implementación de sus tareas son la complementariedad y la acomodación mutua. Es decir que la pareja debe desarrollar pautas en las que cada esposo apuntala la acción del otro en muchas áreas. Deben desarrollar pautas de complementariedad que permitan a cada esposo ceder sin sentir que se ha dado por vencido. Tanto el esposo como la esposa deben ceder parte de su individualidad para lograr un sentido de pertenencia. La aceptación de la mutua interdependencia en una relación simétrica puede encontrar obstáculos originados en la insistencia de los cónyuges en sus derechos a la independencia.

El subsistema conyugal puede convertirse en un refugio ante los stress externos y en la matriz para el contacto con

otros sistemas sociales. Puede fomentar el aprendizaje, la creatividad y el crecimiento. En el proceso de acomodación mutua, los cónyuges pueden actualizar aspectos creativos de sus pautas que permanecían latentes y apuntalar los mejores rasgos de cada uno. Pero las parejas también pueden estimularse mutuamente los rasgos negativos. Los cónyuges pueden insistir en mejorar o preservar a su pareja y, a través de ese proceso, descalificarla. En lugar de aceptarla como es, imponen nuevos standards que deben lograrse. Pueden establecer pautas transaccionales del tipo dependiente-protector, en cuyo marco el miembro dependiente se mantiene como tal, para proteger la impresión de su cónyuge de ser el protector.

Esas pautas negativas pueden existir en las parejas corrientes sin que ello implique una patología grave o motivaciones malevolentes en ninguno de sus miembros. Si un terapeuta debe enfrentar una pauta que funcione en forma negativa, debe tener en cuenta la necesidad de enfrentar el proceso sin atacar las motivaciones de los participantes. El terapeuta debe realizar interpretaciones que subrayen la reciprocidad, tales como: "usted protege a su mujer de un modo que la inhibe, y usted suscita una protección innecesaria de su esposo con gran habilidad". Una interpretación consecutiva de este tipo subraya la complementariedad de los sistemas, los aspectos positivos y negativos de cada cónyuge, y elimina implicancias valorativas de motivación.

El subsistema conyugal debe llegar a un límite que lo proteja de la interferencia de las demandas y necesidades de otros sistemas; en particular, cuando la familia tiene hijos. Los adultos deben poseer un territorio psicosocial propio —un refugio que pueden proporcionarse mutuamente, un sostén emocional. Si el límite alrededor de los esposos es excesivamente rígido, el sistema puede verse stressado por su aislamiento. Pero si los esposos mantienen límites flexibles, otros subgrupos, incluyendo a los hijos y a los parientes políticos, pueden interferir en el funcionamiento de su subsistema.

En términos humanos simples, marido y mujer se necesitan mutuamente como refugio ante los múltiples requerimientos de la vida. En terapia, esta necesidad obliga a que el terapeuta proteja los límites que rodean al subsistema conyugal. Si en una sesión familiar los hijos interfieren en las relaciones del subsistema conyugal, se debe anular esta interferencia. Es posible realizar entonces sesiones entre marido y mujer excluyendo a los otros miembros. Si en esas sesiones éstos siguen discutiendo acerca de los problemas de sus hijos en lugar de referirse a las relaciones marido-mujer, es conveniente que el terapeuta señale entonces que están franqueando un límite.

El subsistema parental. Cuando nace el primer hijo se alcanza un nuevo nivel de formación familiar. En una familia intacta el subsistema conyugal debe diferenciarse entonces para desempeñar las tareas de socializar un hijo sin renunciar al mutuo apoyo que caracterizará al subsistema conyugal. Se debe trazar un límite que permita el acceso del niño a ambos padres y, al mismo tiempo, que lo excluya de las relaciones conyugales. Algunas parejas que se manejan correctamente como grupo de dos nunca logran realizar una transición satisfactoria a las interacciones de un grupo de tres. En algunas familias es posible que se incorpore al niño al marco de los problemas del subsistema conyugal, tal como le ocurrió a Emily Wagner.

A medida que el niño crece, sus requerimientos para el desarrollo, tanto de la autonomía como de la orientación, imponen demandas al subsistema parental que debe modificarse para satisfacerlas. El niño comienza a tener contacto con compañeros extrafamiliares, la escuela, y otras fuerzas socializantes exteriores a la familia. El subsistema parental debe adaptarse a los nuevos factores que actúan en el marco de la socialización. Si el niño es severamente afectado por su medio extrafamiliar, ello puede afectar no sólo su relación

con sus padre sino, incluso, las transacciones internas del subsistema conyugal.

La autoridad incuestionada que caracterizó en algún momento al modelo patriarcal del subsistema parental ha desaparecido y fue reemplazada por el concepto de una autoridad flexible, racional. Se espera de los padres que comprendan las necesidades del desarrollo de sus hijos y que expliquen las reglas que imponen. El ser padre es un proceso extremadamente difícil. Nadie lo desempeña a su entera satisfacción, y nadie atraviesa el proceso incólume. Es probable que ello haya sido imposible en todas las épocas, en mayor o menor grado. En la sociedad actual, compleja, de rápido desarrollo, en la que las brechas generacionales corresponden a intervalos cada vez más pequeños, las dificultades de ser padre se han incrementado.

Los procesos que corresponden a ello difieren según la edad de los niños. Cuando éstos son muy pequeños, predominan las funciones de alimentación. El control y la orientación asumen una mayor importancia luego. A medida que el niño madura, especialmente en el transcurso de la adolescencia, los requerimientos planteados por los padres comienzan a entrar en conflicto con los requerimientos de los hijos para lograr una autonomía adecuada a su edad. La relación, de paternidad se convierte en un proceso difícil de acomodación mutua. Los padres imponen reglas que no pueden explicar en el momento o que explican en forma incorrecta, o consideran que los fundamentos de las reglas son evidentes, mientras que para los niños no es así. A medida que los niños crecen, es posible que no acepten las reglas. Los niños comunican sus necesidades con distintos grados de claridad, y realizan nuevos requerimientos a los padres, como los de que se les dedique un mayor tiempo o un mayor compromiso emocional.

Para juzgar en forma adecuada a sus participantes, es esencial comprender la complejidad del proceso de educación del niño. Es imposible que los padres protejan y guíen sin, al

mismo tiempo, controlar y retringir. Los niños no pueden creer e individualizarse sin rechazar y atacar. El proceso de socialización es inevitablemente conflictivo. Toda intervención del terapeuta que enfrenta un proceso disfuncional entre los padres y los hijos debe, al mismo tiempo, apoyar a sus participantes.

La relación de paternidad requiere la capacidad de alimentación, guía y control. Las proporciones de estos elementos dependen de las necesidades de desarrollo del niño y de las capacidades de los padres. Pero la relación requiere el uso de la autoridad. Los padres no pueden desempeñar sus funciones ejecutivas a menos que dispongan del poder necesario para hacerlo.

Lo» hijos y los padres, y en algunos casos los terapeutas, describen frecuentemente al ideal familiar como una democracia. Pero consideran en forma errónea que una sociedad democrática es una sociedad sin líderes o que una familia es una sociedad de iguales. El funcionamiento eficaz requiere que los padres y los hijos acepten el hecho de que el uso diferenciado de autoridad constituye un ingrediente necesario del subsistema parental. Ello se convierte en un laboratorio de formación social para los niños, que necesitan saber cómo negociar en situaciones de poder desigual.

El apoyo del terapeuta al subsistema parental puede entrar en conflicto con el objetivo terapéutico de apoyar la autonomía de los hijos. En esas situaciones el terapeuta debe recordar que sólo un subsistema parental débil instaura un control restrictivo, y que ese control excesivo se presenta por lo general cuando el control es ineficaz. El apoyo a la responsabilidad y a la obligación de los padres para determinar las reglas de la familia estimula el derecho y la obligación del niño de crecer y desarrollarse en forma autónoma. La tarea del terapeuta consiste en asistir a los subsistemas para que negocien y se acomoden mutuamente.

El *substituto fraterno*. El subsistema fraterno es el pri-

mer laboratorio social en el que los niños pueden experimentar relaciones con sus iguales. En el marco de este contexto, los niños se apoyan, aíslan, descargan sus culpas y aprenden mutuamente. En el mundo fraterno, los niños aprenden a negociar, cooperar, competir. Aprenden a lograr amigos y aliados, a salvar la apariencia cuando ceden, y a lograr reconocimiento por sus habilidades. Pueden asumir posiciones diferentes en sus relaciones mutuas, y estas posiciones, asumidas tempranamente en el subgrupo fraterno, pueden ser significativas en el desarrollo posterior de sus vidas. En las familias amplias, el subsistema fraterno posee otras divisiones, ya que los hijos más pequeños, que se mueven aún en las áreas de seguridad, alimentación y guía en el seno de la familia, se diferencian de los niños mayores que realizan contactos y contratos con el mundo extrafamiliar.

Cuando los niños se ponen en contacto con el mundo de sus iguales extrafamiliares, intentan actuar de acuerdo con las pautas del mundo fraterno. Cuando aprenden formas alternativas de relación, incorporan las nuevas experiencias al mundo fraterno. Si la familia del niño posee modalidades muy particulares, los límites entre la familia y el mundo extrafamiliar pueden convertirse en excesivamente rígidos. Es posible, entonces, que el niño enfrente dificultades para incorporarse a otros sistemas sociales.

La significación del subsistema fraterno se observa con mayor claridad en caso de su ausencia. Los niños sin hermanos desarrollan pautas precoces de acomodación al mundo adulto, que pueden manifestarse en un desarrollo precoz. Al mismo tiempo, pueden mostrar dificultades para el desarrollo de la autonomía y la capacidad de compartir, cooperar y competir con otros.

Un terapeuta debe conocer las necesidades del desarrollo de los niños y debe ser capaz de apoyar el derecho del niño a la autonomía sin minimizar los derechos de los padres. Los límites del subsistema fraterno deben proteger a los ni-

ños de la interferencia adulta, para que puedan ejercer su derecho a la privacidad, tener sus propias áreas de interés y disponer de la libertad de cometer errores en su exploración. En diferentes etapas de su desarrollo los niños poseen diferentes necesidades, capacidades cognitivas particulares, y sistemas de valores propios. En algunos momentos, el terapeuta debe actuar como traductor, interpretando el mundo de los niños para los padres o viceversa. También es posible que deba ayudar al subistema a negociar límites claros aunque no rígidos con el mundo extrafamiliar. Si el niño se ve atrapado en una red de excesiva lealtad familiar, por ejemplo, el terapeuta debe actuar como puente entre el niño y el mundo extrafamiliar.

ADAPTACIÓN DE LA FAMILIA

Una familia se encuentra sometida a presión interna originada en la evolución de sus propios miembros y subistemas y a la presión exterior originada en los requerimientos para acomodarse a las instituciones sociales significativas que influyen sobre los miembros familiares. La respuesta a estos requerimientos, tanto internos como externos, exige una transformación constante de la posición de los miembros de la familia en sus relaciones mutuas, para que puedan crecer mientras el sistema familiar conserva su continuidad.

En este proceso de cambio y de continuidad las dificultades para acomodarse a las nuevas situaciones son inevitables. Es posible que al concentrarse en la dinámica familiar, los terapeutas familiares minimicen este proceso, del mismo modo en que el terapeuta dinámico puede minimizar el contexto del individuo. El peligro de esta actitud es el excesivo énfasis en la patología. Los procesos transicionales de adaptación a nuevas situaciones, en los que la falta de diferenciación y la angustia que caracteriza a todos los nuevos procesos, pueden

ser considerados así erróneamente como patológicos. Sin embargo, el enfoque de la familia como un sistema social en transformación esclarece la naturaleza transicional de determinados procesos familiares. Requiere una exploración de la situación cambiante de la familia y sus miembros y de sus dificultades de acomodación. De acuerdo con esta orientación, un número mucho mayor de familias que se incorporan a la terapia deberían ser consideradas y tratadas como familias corrientes en situaciones transicionales, que enfrentan las dificultades de acomodación a nuevas circunstancias. La etiqueta de patológica debe reservarse a las familias que frente a esas tensiones incrementan la rigidez de sus pautas y límites transaccionales y evitan o resisten toda exploración de variantes. En las familias corrientes, el terapeuta confía en la motivación de la familia como el camino para la transformación. En las familias patológicas, el terapeuta debe convertirse en actor del drama familiar, incorporándose a las coaliciones existentes para modificar el sistema y desarrollar un nivel diferente de homeostasis.

El stress sobre un sistema familiar puede originarse en cuatro fuentes. En primer lugar puede originarse en el contacto de un miembro o de toda la familia con fuerzas extrafamiliares. Los momentos transicionales en la evolución de la familia también pueden ser una fuente de tensión, al igual que los problemas de idiosincrasia.

Contacto stressante de un miembro con fuerzas extrafamiliares. Una de las principales funciones de la familia consiste en brindar apoyo a sus miembros. Cuando uno de éstos se encuentra afectado por un stress, los otros miembros de la familia sienten la necesidad de acomodarse a sus nuevas circunstancias. Esta acomodación puede limitarse a un subtema o, por lo contrario, difundirse en el seno de toda la familia. Por ejemplo, un esposo que enfrenta problemas de trabajo critica a su mujer cuando ambos regresan a su casa. Esa transacción puede limitarse al sistema conyugal. Es posi-

ble que la mujer dispute con el marido pero que lo apoye unos minutos después. O, si no, que contraataque. Surge así una pelea, pero ésta concluye y el apoyo mutuo renace. Estas pautas transaccionales son funcionales. El stress que afectó al marido ha sido atenuado a través de las relaciones con su mujer.

Sin embargo, la pelea puede proseguir indefinidamente, hasta que uno de los cónyuges abandona el campo. En esa situación, ambos se ven afectados por la no resolución de la situación. De ese modo, el contacto stressante de un miembro de la familia con fuerzas externas ha generado un stress no resuelto en el subsistema conyugal intrafamiliar.

La misma fuente de stress que afecta a un miembro individual puede actuar a través de los límites de los subsistemas. Por ejemplo, un padre (P) y una madre (M), stressados por problemas de trabajo, pueden regresar al hogar y criticarse mutuamente, pero luego desviar su conflicto a través de un ataque contra un hijo. Ello reduce el peligro del subsistema conyugal pero afecta al hijo (H) (Fig. 5). O, si no,

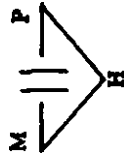


Fig. 5

el marido puede criticar a la mujer, que busca entonces una coalición con el niño contra el padre (Fig. 6). De ese modo,

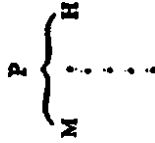


Fig. 6

el límite alrededor del subsistema conyugal se hace difuso. Aparece así un subsistema transgeneracional excesivamente

rígido de madre e hijo contra el padre. Y el límite alrededor de esta coalición de madre e hijo excluye al padre. Se ha desarrollado así una pauta transaccional transgeneracional disfuncional.

También es posible que una familia en su totalidad se vea stressada por el contacto extrafamiliar de uno de sus miembros. Por ejemplo, si el marido pierde su trabajo, la familia debe modificarse para garantizar su supervivencia. Es posible que la esposa deba asumir una mayor responsabilidad para el sostén financiero de la familia y, así, modifique la naturaleza del subsistema ejecutivo. Este cambio puede obligar a otros cambios en el subsistema parental. El padre puede ocuparse así de las tareas de alimentación que anteriormente correspondían a la madre (Fig. 7). O, si no, puede recurrirse

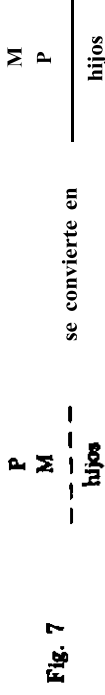


Fig. 7

a una abuela (A) para que se ocupe de las funciones de los padres. Si la familia responde a la pérdida del trabajo del padre con rigidez, pueden aparecer entonces pautas transac-



Fig. 8

cionales disfuncionales. Por ejemplo, se recurre a la abuela para ocuparse de los hijos, pero los padres se niegan a cederle la autoridad necesaria para que desempeñe su responsabilidad.

Los Wagner relataron algunas de las dificultades originadas en el contacto con el mundo extrafamiliar. Las dificultades de Mark como estudiante que al mismo tiempo debía

trabajar interferían con su capacidad para relacionarse con su esposa. Asumió así una actitud crítica o alejada, y Emily incorporó a Tommy como apoyo en sus interminables peleas.

Cuando una familia comienza una terapia debido a las dificultades de contacto de uno de sus miembros con el mundo extrafamiliar, los objetivos e intervenciones del terapeuta familiar se orientan en función de su evaluación de la situación y de la flexibilidad de la estructura familiar. Si la familia ha realizado cambios adaptativos para apoyar al miembro afectado pero el problema persiste, es posible que las intervenciones del terapeuta se dirijan fundamentalmente a la interacción de ese miembro con el agente que lo afectó. Si la familia no ha realizado cambios adaptativos, su intervención principal puede dirigirse hacia la familia.

Por ejemplo, si un niño enfrenta dificultades en la escuela, el problema puede relacionarse fundamentalmente con la escuela. Si la evaluación del terapeuta señala que la familia apoya al niño en forma adecuada, sus intervenciones principales pueden orientarse hacia el niño en el contexto escolar. Puede actuar como abogado del niño, disponer un cambio de escuela, o sugerir que se recurra a una enseñanza particular. Pero si los problemas del niño en la escuela aparecen como una expresión de los problemas de la familia, las intervenciones del terapeuta se dirigirán fundamentalmente a la familia.

Contacto stressante de la familia en su totalidad con fuerzas extrafamiliares. Un sistema **familiar** puede verse sobrecargado por los efectos de una depresión económica. O, si **no**, el stress puede generarse en **ún** cambio de domicilio **motivado en una mudanza** o en un traslado a otra ciudad. Los recursos **de la familia** para hacer frente a esas situaciones se encuentran amenazados en forma particular por la pobreza y **por la discriminación**. Por ejemplo, una familia pobre puede encontrarse en contacto con un número tan elevado de **agencias sociales** como para que sus recursos sean superados.

O una familia portorriqueña puede enfrentar problemas para adaptarse a la cultura de la metrópoli.

También en este caso la intervención del terapeuta debe orientarse en su evaluación de la familia. Si analiza la organización de la familia y determina que es básicamente viable pero que se encuentra sobrecargada por los contactos con tantas instancias incoordinadas, debe actuar como el consejero de la familia. Puede enseñar a la familia la manera de manipular las instituciones en beneficio propio. O puede trabajar para coordinar las acciones de las instancias, referente a la familia. Por ejemplo, con una familia portorriqueña abrumada por los problemas de reubicación, el terapeuta familiar puede informarse acerca de los recursos portorriqueños en la comunidad —la iglesia, escuelas con gran número de alumnos portorriqueños, padres portorriqueños militantes activos en la PTA, o en organizaciones sociales y cívicas destinadas a ayudar a este grupo étnico. Sus funciones como terapeuta familiar se complementarán con estas acciones como "casamentero" social.

Stress en los momentos transicionales de la familia. Existen muchas fases en la evolución natural de una familia que requieren la negociación de nuevas reglas familiares. Deben aparecer nuevos subsistemas y deben trazarse nuevas líneas de diferenciación. En este proceso, se plantean inevitablemente conflictos. Idealmente, los conflictos serán resueltos por negociaciones de transición y la familia se adaptará con éxito. Estos conflictos ofrecen una oportunidad de crecimiento a todos los miembros de la familia. Sin embargo, si no se los resuelve, los problemas transicionales pueden plantear dificultades aun mayores.

Los problemas de transición se plantean en muchas situaciones. Pueden producirse por cambios originados en la evolución de los miembros de la familia y por cambios de la composición de la familia. Uno de los desencadenantes más habituales es el comienzo de la adolescencia de los hijos.

En esa época, la participación del niño en el mundo extra-familiar y su status en ese mundo se incrementan. La relación entre los hijos y los padres se ve perturbada. En esa situación, se lo debe apartar ligeramente del subistema fraterno y se le debe otorgar una mayor autonomía y una mayor responsabilidad adecuada a su edad. Las transacciones del sub-sistema parental con él deben modificarse y dejar de ser relaciones del tipo padre-hijo para convertirse en relaciones de tipo padres-joven adulto. De ese modo, se logrará una adaptación exitosa (Fig. 9).

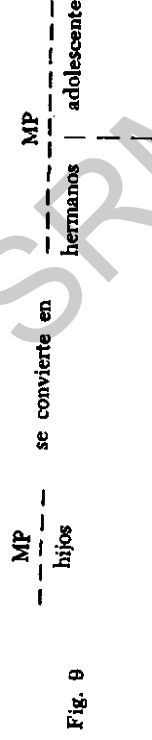


Fig. 9

Sin embargo, es posible que la madre resista a todo cambio en su relación con el adolescente debido a que ello requeriría un cambio de relación con su marido. Puede atacar al adolescente y socavar su autonomía, en lugar de cambiar su propia actitud. Si luego el padre se incorpora al conflicto apoyando al hijo, se constituye una coalición transgeneracional inadecuada (Fig. 10). La situación puede generalizarse hasta



Fig. 10

que toda la familia se vea implicada en el conflicto. Si no se produce ningún cambio familiar, aparecerán elementos disfuncionales, que se repetirán en todas las circunstancias en las que se manifiesten conflictos.

Cuando una familia incorpora un nuevo miembro, ese nuevo

miembro debe adaptarse a las reglas, y el antiguo sistema debe modificarse para incluir al nuevo miembro. Existe una tendencia a mantener las antiguas pautas, lo que determina que el nuevo miembro sufra un stress que puede llevarlo a incrementar sus demandas. Las formas de incorporación de nuevos miembros que pueden producir un stress en el transcurso del período de adaptación son: el nacimiento de un hijo, el matrimonio de un miembro de una familia extensa, la unión de dos familias a través del matrimonio de padres separados o viudos, o la inclusión de un pariente, amigo o hijo adoptivo.

Los stress son producidos también por la adaptación a una disminución del número de miembros de la familia, causada por circunstancias tales como muerte de un miembro de la familia, separación o divorcio, encarcelamiento, internación en una institución o partida de un niño para proseguir sus estudios. Por ejemplo, cuando una pareja se separa deben desarrollarse nuevos subistemas y líneas de diferenciación. La unidad de dos padres e hijos debe convertirse ahora en una unidad de un padre e hijos, con el otro padre excluido.

A menudo, las familias emprenden una terapia debido a que las negociaciones que conducen a una transición exitosa se han visto bloqueadas. Es más fácil ayudar a una familia que enfrenta problemas relacionados con una transición reciente que a una familia que ha bloqueado negociaciones de adaptación a lo largo de un período prolongado.

Stress referentes a problemas de idiosincrasia. Un terapeuta de familia debe tomar en cuenta todas las circunstancias y tener presente la posibilidad de que áreas determinadas de la familia den lugar a pautas transaccionales disfuncionales. Por ejemplo, una familia con un hijo retardado puede haberse adaptado al problema planteado mientras el niño era pequeño. Pero la realidad del retraso, que los padres podían evitar cuando el niño era pequeño, debe ser enfrentada a medida que crece y que la disparidad de desarrollo entre él y los niños de su edad se hace más evidente.

El mismo tipo de stress puede producirse cuando un niño con una deformidad física, por ejemplo un labio leporino, crece. Es posible que la familia se baya adaptado correctamente a las necesidades del niño cuando éste era pequeño, pero a medida que crece y experimenta dificultades en su interacción con grupos extraña mliares de niños de su edad que no lo aceptan, este stress puede sobrecargar al sistema familiar.

También es posible que problemas de idiosincrasia transitorios superen los mecanismos que permiten hacerles frente. Si un miembro de una familia se enferma seriamente, algunas de sus funciones y su poder deben ser asumidos por otros miembros de la familia. Esta redistribución requiere una adaptación de la familia. Cuando el miembro enfermo se recupera, se requiere una readaptación para incluirlo en su antigua posición o para ayudarlo a asumir una nueva posición en el sistema.

En resumen, el esquema conceptual de una familia normal presenta tres facetas. En primer lugar, una familia se transforma a lo largo del tiempo, adaptándose y reestructurándose de tal modo que pueda seguir funcionando. Sin embargo, es posible que una familia que ha funcionado eficazmente responda a stress del desarrollo apegándose en forma inadecuada a esquemas estructurales previos.

En segundo lugar, la familia posee una estructura que sólo puede observarse en movimiento. Se prefieren algunas pautas, suficientes para responder! a los requerimientos habituales. Pero la fortaleza del sistema depende de su capacidad para movilizar pautas transaccionales alternativas cuando las condiciones internas o externas de la familia le exigen una reestructuración. Los límites de los subsistemas deben ser firmes, pero, sin embargo, lo suficientemente flexibles como para permitir una modificación cuando las circunstancias cambian.

Finalmente, una familia se adapta al stress de un modo tal que mantiene la continuidad de la familia al mismo tiempo que permite reestructuraciones. Si una familia responde al stress con rigidez, se manifiestan pautas disfuncionales. Eventualmente, ello miede llevar la familia a una terapia.